

# JOAN DIDION

**SUR Y OESTE**



*Sur y Oeste*  
*Extractos de un cuaderno*

JOAN DIDION

Epílogo de  
Nathaniel Rich

Traducción de  
Javier Calvo

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@Literaturarandomhouse



@megustaleer



@Litrandomhouse

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*Para John y Quintana  
y para Earl*

## APUNTES SOBRE EL SUR

*John y yo estábamos viviendo en la avenida Franklin de Los Ángeles. Yo llevaba tiempo queriendo visitar el Sur, de forma que en 1970 tomamos un avión para pasar allí un mes. Habíamos pensado empezar en Nueva Orleans y a partir de ahí no había nada planeado. Íbamos a donde nos llevara la jornada. Creo recordar que conducía John. Yo no había vuelto al Sur desde 1942-1943, cuando mi padre estaba destacado en Durham, Carolina del Norte, pero no parecía que hubiera cambiado mucho. En aquel momento, yo pensaba que quizá de ahí saldría un reportaje.*

## NUEVA ORLEANS

... el sueño purpúreo  
de la América que no he-  
mos sido,  
el imperio del trópico, bus-  
cando el mar cálido,  
la última incursión de la  
aristocracia...

STEPHEN VINCENT BENÉT,  
*El cuerpo de John Brown*

Querría poder transmitirles  
a ustedes la naturaleza peli-  
grosa del suelo, su tenden-  
cia a lo limoso, esponjoso y  
supurante...

JOHN JAMES AUDUBON,  
*Aves de América, 1830*

En junio el aire de Nueva Orleans va cargado de sexo y muerte, no muerte violenta sino muerte por descomposición, por exceso de madurez, por podredumbre, muerte por ahogamiento, por asfixia, por fiebres de etiología desconocida. Es un lugar físicamente oscuro, oscuro como el

negativo de una fotografía, oscuro como una radiografía: la atmósfera absorbe su propia luz, nunca refleja la luz, sino que la absorbe hasta que cualquier objeto brilla con una luminiscencia mórbida. Las criptas no subterráneas dominan ciertas vistas. En medio de la atmósfera hipnóticamente líquida, todo movimiento se ralentiza hasta convertirse en coreografía, toda la gente de la calle se mueve como si estuviera suspendida en una emulsión precaria, y parece que entre los vivos y los muertos solo haya una distinción técnica.

Una tarde, en la avenida Saint Charles, vi morir a una mujer, desplomada sobre el volante de su coche.

—Muerta —declaró una anciana que estaba plantada conmigo en la acera, a un palmo de donde el coche había girado bruscamente y se había estrellado contra un árbol.

Después de que llegara la ambulancia de la policía, seguí a la anciana a través de la luz acuosa del aparcamiento del hotel Pontchartrain y hasta el interior de la cafetería. La muerte había dado una impresión de gravedad pero también de informalidad, como si hubiera tenido lugar en una ciudad precolombina donde la muerte era algo esperado y a largo plazo no importaba demasiado.

—¿De quién es la culpa? —le estaba diciendo la anciana a la camarera de la cafetería, con una voz que se apagó gradualmente.

—No es culpa de nadie, señorita Clarice.

—No pueden hacer nada, no.

—No pueden hacer nada de nada. —Yo pensaba que estaban hablando de la muerte, pero estaban hablando del tiempo—. Richard trabajaba en el servicio meteorológico y

me dijo que no pueden hacer nada con lo que sale en el radar. —La camarera hizo una pausa, como para darse énfasis—. Simplemente no se les puede hacer responsables.

—No se puede, no —dijo la anciana.

—Es lo que sale en el radar.

Las palabras se quedaron flotando en el aire. Yo me tragué un trozo de hielo.

—Es lo que hay —dijo la anciana al cabo de un momento.

Era un fatalismo que yo acabaría identificando como endémico en el tono característico de la vida en Nueva Orleans. Los plátanos se pudrían y albergaban tarántulas. El mal tiempo aparecía en el radar y era muy malo. Los niños cogían fiebre y se morían, y las peleas domésticas terminaban a puñaladas, la construcción de las carreteras llevaba a chanchullos y a grietas en el pavimento por donde volvían a asomar las enredaderas. Los asuntos del estado giraban en torno a celos sexuales, como si Nueva Orleans fuera Puerto Príncipe, y todos los hombres del rey se volvían contra el rey. La temporalidad del lugar es operística, infantil, el fatalismo de una cultura dominada por la jungla. «Lo único que sabemos —dijo la madre de Carl Austin Weiss refiriéndose a su hijo, que Huey Long acababa de matar a tiros en un pasillo del Capitolio Estatal de Luisiana, en Baton Rouge— es que se tomaba la vida en serio.»

Se da el caso de que a mí me enseñó a cocinar alguien de Luisiana, donde la ávida preocupación de los hombres por las recetas y la comida no me resultaba desconocida.

Pasamos unos años viviendo juntos, y creo que llegamos a entendernos mejor cuando intenté matarlo con un cuchillo de cocina. Recuerdo que me pasaba días enteros cocinando con N., quizá los días más agradables que pasamos juntos. Él me enseñó a hacer pollo frito y un relleno de arroz integral para las aves de corral y a picar endivias con ajo y zumo de limón y a ponerle a todo lo que cocinaba tabasco, salsa Worcestershire y pimienta negra. El primer regalo que me hizo fue una prensa de ajos, y también el segundo, porque la primera la rompí. Un día, en la Eastern Shore, nos pasamos horas haciendo crema de gambas y luego nos peleamos por cuánta sal había que echarle, y como él se había pasado varias horas bebiendo Sazeracs, le echó un puñado de sal para demostrar que tenía razón. Fue como beber agua de mar, pero fingimos que estaba bueno. Tirar el pollo al suelo, o las alcachofas. Comprar especias para el marisco. Discutir interminablemente las posibilidades de un guiso de alcachofas y ostras. Después de casada, él me seguía llamando de vez en cuando para pedirme recetas.

Supongo que crees que esta máquina es mejor que la italiana. Supongo que crees que tienes losas de secuoya en el patio de atrás. Supongo que crees que tu madre era la Encargada de Venta de Galletas del Condado. Supongo que crees que en una cama pequeña yo ocupo mucho espacio. Supongo que crees que Schrafft's vende hojas de chocolate. Supongo que crees que el señor Earl «Codo» Reum tiene más personalidad que yo. Supongo que crees que en Nevada no hay lesbianas. Supongo que crees que sabes lavar jerséis a mano. Supongo que crees que Mary Jane se mete contigo y que la gente te sirve whisky malo. Supongo que crees que no tienes anemia perniciosa. Tómate las vi-

taminas esas. Supongo que crees que la gente del Sur es un poco anacrónica.

... es un mensaje que me dejó aquel hombre cuando yo tenía veintidós años.

La primera vez que estuve en el Sur fue a finales de 1942 o principios de 1943. Mi padre estaba destacado en Durham, Carolina del Norte, y mi madre, mi hermano y yo tomamos varios trenes lentos y abarrotados para reunirnos con él. En mi casa de California yo había llorado por las noches, había perdido peso y había querido ver a mi padre. Me había imaginado que la Segunda Guerra Mundial era un castigo diseñado específicamente para quitarme a mi padre, había hecho recuento de mis errores y, con un egocentrismo que por entonces se acercaba al autismo y que sigo sufriendo cuando sueño, cuando tengo fiebre y en mis matrimonios, me había declarado culpable.

De aquel viaje recuerdo sobre todo que un marinero que acababa de ser torpedeado a bordo del *Wasp*, en el Pacífico, me regaló un anillo de plata y turquesa, y que perdimos la conexión de trenes en Nueva Orleans y no encontramos habitación y nos pasamos una noche en vela, sentados en una terraza cubierta del hotel Saint Charles, mi hermano y yo con trajes de verano de sirsaca a juego y mi madre con un vestido de seda, a cuadros blancos y azul marino, sucio de polvo del tren. Ella nos cubrió con el abrigo de visón que se había comprado antes de casarse y que llevaría hasta 1956. Viajábamos en tren y no en coche porque unas semanas antes, en California, mi madre le había prestado el coche a una conocida que lo había estrellado contra un ca-

mión de lechugas a las afueras de Salinas, un hecho del que estoy completamente segura porque aún hoy sigue siendo fuente de rencor en las conversaciones de mi padre. Se lo oí mencionar por última vez hace apenas una semana. Mi madre no respondió y se limitó a repartir otra mano de su solitario.

En Durham nos alojamos en una habitación con derecho a cocina en casa de un pastor laico cuyos hijos comían todo el día compota de manzana sobre unas gruesas rebanadas de pan y delante de nosotros se referían a su padre como «el reverendo Caudill». Por las noches el reverendo Caudill traía a casa varios litros de helado de melocotón y se sentaba con su mujer y sus hijos en el porche a comer helado directamente del envase de cartón mientras nosotros estábamos en la cama viendo a nuestra madre leer y esperando a que llegara el jueves.

El jueves era el día en que podíamos tomar el autobús a la Universidad de Duke, que había sido ocupada por el ejército, y pasar la tarde con mi padre. Él nos compraba una Coca-Cola en el edificio de la asociación de estudiantes y nos llevaba a dar una vuelta por el campus y nos hacía fotos, unas fotos que todavía guardo y que miro de vez en cuando: dos niños pequeños y una mujer que se parece a mí, sentados junto a la laguna, de pie junto al pozo de los deseos, unas fotos que siempre estaban sobreexpuestas o desenfocadas y que, en cualquier caso, ahora ya han perdido el color. Treinta años más tarde, estoy segura de que mi padre también debió de pasar con nosotros los fines de semana, pero solo puedo suponer que su presencia en aquella casita, la tensión que había en él, su agresivo afán de

intimidad y el hecho de que prefiriera jugar a los dados a comer helado, me debieron de resultar elementos tan potencialmente perturbadores que borré de mi mente cualquier recuerdo de aquellos fines de semana.

En los días de entre semana que no eran jueves, yo jugaba con unas muñecas de papel que me prestaba la señora Caudill y que tenían las caras de Vivien Leigh, Olivia de Havilland, Ann Rutherford y Butterfly McQueen tal como aparecían en *Lo que el viento se llevó*, y también aprendí de los niños del vecindario a comer patatas crudas untadas en el fino polvillo de debajo de la casa. Ahora sé que la geofagia es común en el malnutrido Sur, igual que sé por qué el primer jueves que fuimos a Duke el conductor del autobús se negó a arrancar hasta que nos cambiamos de los asientos de atrás a los de delante, pero por entonces no lo sabía. Por entonces ni siquiera sabía que a mi madre los meses que pasamos en Durham no le parecieron una temporada precisamente ideal.

No sabría decir con exactitud qué me llevó a pasar un tiempo en el Sur durante el verano de 1970. No tenía obligaciones periodísticas en ninguno de los lugares que visité: no «pasó» nada donde yo estuve, no hubo asesinatos ni juicios célebres, no hubo órdenes de integración, ni enfrentamientos, ni siquiera celebrados actos divinos.

Yo solo tenía la vaga e informe sensación —una sensación que me invadía de vez en cuando, y que no podía explicar de forma coherente— de que durante unos años el Sur, y sobre todo la Costa del Golfo, había representado

para América lo que la gente seguía diciendo que era California, y lo que a mí me parecía que California ya no era: el futuro, la fuente secreta de energía tanto benévola como malévolas, el centro psíquico. No me apetecía hablar mucho de ese tema.

Solo tenía una «imagen» completamente efímera en la cabeza. Si hablaba de ello, solo podía mencionar a Clay Shaw, y a Jim Garrison, y a un piloto al que había conocido una vez y que se había pasado varios años volando entre el Golfo y una serie de anónimos aeródromos del Caribe y de América Central a bordo de avionetas en cuyos manifiestos solo constaban «flores tropicales». Solo podía mencionar una sensación de paranoia y conspiraciones febriles y manipulaciones barrocas y helado de melocotón y una desagradable velada que en 1962 había pasado en el Eastern Shore de Maryland. En resumen, solo podía parecer perturbada. Así que, en vez de hablar del asunto, un día de verano de 1970 volé al Sur y me pasé aproximadamente un mes viajando en coche por Luisiana, Misisipi y Alabama, sin reunirme con ningún portavoz, sin cubrir ningún evento y sin hacer otra cosa que intentar averiguar, como siempre, qué estaba formando aquella imagen en mi mente.

En Nueva Orleans, los viejos se sentaban a la puerta de las casas y los hoteles de la avenida Saint Charles, meciéndose de forma casi imperceptible. En el Barrio Francés volví a verlos (junto a desolados niños de pelo largo), sentados en los balcones, con una tabla de planchar detrás, meciéndose un poco, y a veces sin mecerse en absoluto, solo mirando.

En Nueva Orleans son maestros en el arte de la inmovilidad.

Por la noche visité el Garden District. «Olly olly oxen free», ecos de canciones infantiles en el crepúsculo suave, rodeados de magnolias y de unos árboles con vainas peludas de color rosa. Lo que vi aquella noche fue un mundo tan rico y complejo que me dejó casi desorientada, un mundo completo en sí mismo, un mundo de superficies pulidas ocasionalmente interrumpidas por un destello de excentricidad tan profundo que hacía imposible cualquier intento de interpretación.

—Supongo que nadie sabe más del Sur que la gente que hay ahora mismo en esta habitación —admitió mi anfitrión varias veces antes de la cena.

Estábamos en su casa del Garden District, con los consabidos volúmenes encuadernados de *Sewanee* y de la *Southern Review*, y con el consabido retrato que Degas le había hecho a su tatarabuela, y él se estaba refiriendo a su esposa y a un amigo suyo, arquitecto de buena familia de Mobile y especializado en restaurar y construir casas estilo revival griego de Nueva Orleans.

Y, por supuesto, también se refería a sí mismo. «Ben C.», lo llamaban los demás, con una inflexión afable en la voz. «Para de una vez, Ben C.», le decían cuando se metía con las dos mujeres, su hermana y su mujer, que estaban trabajando juntas en un proyecto para la Junior League, una guía de Nueva Orleans. Ben C. ya había exigido saber qué «modalidad atlética» practicaba mi marido y por qué me habían permitido, mientras yo estaba haciendo un reportaje